

Apuntes filosóficos sobre rostro, deseo y subjetividad

Philosophical notes on face, desire and subjectivity

<https://doi.org/10.15332/25005375.8057>

Artículos misceláneos

José Miguel Segura Gutiérrez*

Diana Karina Romero Rodríguez**

Citar como:

Segura Gutiérrez, J. M. y Romero Rodríguez, D. K. (2022). Apuntes filosóficos sobre rostro, deseo y subjetividad. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 43(127), 104-116. <https://doi.org/10.15332/25005375.8057>



Resumen

Este artículo explora desde una perspectiva filosófica la forma como la rostricidad está asociada al deseo y producción de subjetividad. De ahí que el campo de interés se centre en cómo dichas categorías tensionan la constitución subjetiva de los sujetos, a tal punto que inciden en la proyección de su propio trayecto biográfico. Esto a partir de algunos planteamientos teóricos acuñados por filósofos como Foucault, Deleuze y Guattari, con respecto al papel del rostro como productor de significado cultural en la gestión de la economía del deseo. Con miras a ambientar el texto, se tomará como recurso a Catarino, personaje de la novela *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez.

Palabras clave: sujeto, cuerpo, literatura colombiana, rostricidad, deseo y vida cotidiana.

Abstract

This article explores from a philosophical perspective how faciality is associated with desire and production of subjectivity. Hence, the field of interest focuses on how these categories stress the subjective constitution of the subjects, to the

* Universidad Cooperativa de Colombia. Correo electrónico: jose.segurag@campusucc.edu.co; ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6679-5895>

** Corporación Autónoma de Nariño. Correo electrónico: dikarinaromero20@gmail.com; ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3194-8019>

extent of influencing the projection of their own biographical journey. This based on some theoretical approaches coined by philosophers such as Foucault, Deleuze and Guattari, regarding the role of the face as a producer of cultural meaning in the management of the economy of desire. In order to set the text, Catarino, a character from the novel *One Hundred Years of Solitude* by Gabriel García Márquez, will be taken as a resource.

Keywords: subject, body, Colombian literature, facial expression, desire and everyday life.

Introducción

Cien años de soledad no es solo una novela cuyo valor fundamental radica en la condensación de una realidad común a muchos lugares, pero concretizada en el pueblo de Macondo, sino por ser una pieza de la literatura latinoamericana, cuya calidad narrativa posibilita imaginar cómo los lazos de afecto, simpatía, amor y presencia intermitente y a veces detonante de la violencia, contrastan con las tensiones políticas, riqueza paisajística e idiosincrasia que celebran y aceptan quienes habitan este lugar y logran sobrevivir.

Macondo es un cálido y húmedo poblado, en donde la realidad vivida por los recién llegados, sumado a un paisaje agreste y el ánimo impetuoso por implantar un orden social, incluso por vía colaborativa, terminó por tensionar las relaciones sociopersonales, transformar los cuerpos y mostrar la primera capa íntima de las personas que moran este lugar, como producto de las noches de felicidad desaforada y momentánea vividas en la tienda de Catarino. Un espacio de catarsis social, en donde la mezcla de música, baile y alcohol alivianaban los cuerpos, mientras el deseo se convertía en abismo, y tan solo la mirada contemplativa en el rostro de Catarino parecía superar la espesa soledad que atrapaba su vida, bajo la modesta condición de comerciante.

La experiencia de la mirada resulta en un estado sensitivo —repulsión o agrado—, que, como producto de la tradición cultural surtida en los espacios de socialización, termina singularizando al otro y constituyendo subjetividades. Es decir, generando figuraciones psíquicas y emocionales que, ancladas al propio cuerpo del sujeto, dan cuenta de la determinación material y subjetiva que las estructuras de poder tienen sobre la vida cotidiana e individual de los sujetos. Por ello,

La cuestión no es [...] saber cómo el individuo se integra a la sociedad por la socialización o se libera por medio de la subjetivación, sino de dar cuenta de los

procesos históricos y sociales que lo fabrican en función de las diversidades
sociales. (Martucelli, 2007, p. 30)

Según Medina Pérez (2018) “en la auténtica literatura no prevalecen tanto los seres humanos como sí unos manojos de sensaciones, de reacciones, de variadas y contradictorias colecciones de maneras de pensar y relacionarse con el entorno y sus semejantes” (p. 89). En otras palabras, con el descubrir un conjunto de situaciones que separan, confrontan y llevan a comprender cómo los pensamientos y actuaciones que dan cuerpo a la historia permiten que esta transite entre la realidad y la ficción.

Desde esta perspectiva, el desarrollo del presente artículo se orienta, en un primer momento, a exponer el papel del rostro como existencia totalizadora, además de señalar algunos aspectos de la micropolítica deleuzeana relevantes para la discusión y aplicables a Catarino, nuestro personaje literario. Luego, se intentará construir la relación entre deseo, mercado y subjetividad, resaltando en ella el carácter productivo de la noción misma de subjetividad y cómo esta se hace visible en el personaje de Catarino. Y luego, en la última sección, se ofrecen algunas de las consecuencias más inmediatas de esta relación tríadica con respecto a la configuración del control sobre la vida, el cuerpo y la sociedad.

¿Quién eres tú? Rostro y micropolítica

Si existe cierto consenso en torno al significado que damos al rostro, este tiene que ver con una imagen visual, cuyo conjunto de signos se inscriben en coordenadas de significación más amplias y socialmente aceptadas en las transacciones simbólicas ejecutadas entre agentes humanos. De ahí que el rostro o la cara se haya convertido, como lo advierte Le Breton (2010), en una parte del cuerpo que ha sido ritualizada y educada para insertarse de forma afirmativa en los procesos de socialización. Esto en razón a que el rostro se ha cargado de significado de acuerdo con prácticas sociales específicas.

En el caso de Catarino, tales llevan a que su rostro estalle en objetos parciales, que dibujan la máscara que oculta la historia y subjetividad actuante de este personaje de *Cien años de soledad*. Quien, además, ha asumido para su periplo por la vida una actitud amistosa, coqueta y agradable, a fin de no liberar la tristeza y llanto, que trae una vida con fuertes restricciones hacia lo sentimental. Desde el *Anti-Edipo*, la política del rostro se comprende como una pérdida paulatina de la capacidad expresiva a causa de ciertas prácticas de poder y regímenes de signos,

que reducen la posibilidad de mundos posibles. Por tal motivo, Deleuze y Guattari (2008) analizan, en este punto, aquello que denominaron, el régimen de rostridad:

El rostro no es una envoltura exterior al que habla, piensa o percibe... Los rostros no son, en principio, individuales, defienden zonas de frecuencia o de probabilidad, delimitan un campo que neutraliza de antemano las expresiones y conexiones rebeldes a las significaciones dominantes. (pp. 173-174)

El régimen de rostridad subordina a tal punto a las subjetividades hasta hacerlas dóciles, tanto así que, para nuestro personaje, su experiencia corporal y amorosa, así como sus modos de vivir, sentir y concebirse como sujeto, dan cuenta de una vida, que oscila entre los bordes o márgenes de lo deseado y prohibido: “Catarino, con una rosa de fieltro en la oreja, vendía a la concurrencia tazones de guarapo fermentado, y aprovechaba la ocasión para acercarse a los hombres y ponerles la mano donde no debía” (García-Márquez, 2014, p. 69).

Este fragmento del texto literario visibiliza cómo el cuerpo y rostro son el resultado de un dispositivo sociohistórico, que para su producción social requiere de cierta organización a fin de asegurar un sistema de significancia más amplio, pero en el cual el esquema que delinear los ojos, la boca y la nariz termina por articular lo significativo con la subjetividad. Deleuze y Guattari (2008) entienden que:

El rostro solo se produce cuando la cabeza deja de formar parte del cuerpo, cuando deja de estar codificada por el cuerpo, cuando deja de tener un código corporal polívoco multidimensional —cuando el cuerpo, incluida la cabeza, está descodificado y debe ser sobrecodificado por algo que llamaremos Rostro—. (p. 176)

Al quedar el cuerpo significado bajo un rostro, la asociación con una identidad personal se hace efectiva, revelando así el establecimiento de una relación particular con el propio cuerpo (portador de significado), y el de los demás, a tal punto que se produce un juego de sensaciones y emociones con significados intersubjetivos. Estos juegos, ante las circunstancias en que se desenvuelve la historia, hacen que Catarino termine enfrentándose, a su manera, a las prohibiciones de la época, con respecto al desarrollo de relaciones afectivas y sentimentales, pero también mostrando que “la nostalgia es, pues, el sufrimiento causado por el deseo incumplido de regresar” (Kundera, 2000, p. 11), a una vida de alegrías:

Catarino le puso una mano en la espalda y le dijo: “Van a ser las onces”. Aureliano volvió la cabeza, vio el enorme rostro desfigurado con una flor de fieltro en la oreja, y entonces perdió la memoria, como en los tiempos del olvido, y la volvió a recobrar en una madrugada ajena y en un cuarto que le era completamente extraño, donde estaba Pilar Ternera en combinación, descalza, desgreñada, alumbrándolo con una lámpara y pasmada de incredulidad. (García-Márquez, 2014, p. 87)

Recordatorio de cómo la mirada es la síntesis del pasado en el presente, en otras palabras, la espacio-temporalidad desde la cual se ubica y orienta el cuerpo para observar y posibilitar su acceso al mundo, este último entendido como una producción social de poder, en donde la resistencia a la dominación abarca el adentro y afuera de la vida.

Por ello, que las referencias al rostro en *Cien años de soledad* resulten interesantes, logra proyectar diversas situaciones individuales, y de la cotidianidad de dicho poblado, a tal punto que estas favorecen la construcción de sentido frente a la ejecución de ciertas prácticas, que, aunque deslocalizan al rostro como punto central del reconocimiento del otro, no eliminan la referencia al uso del cuerpo como organismo vivo en la obtención de placer. La objetivación e inmovilidad misma del rostro en tanto superficie de significancia y subjetivación siempre está. Es por esto que, aunque no exista de forma expresa una mirada erótica en Catarino, sí es posible advertir cómo este personaje se enfrenta a ciertas emociones (ansiedades y pulsiones), asociadas a la experiencia de ver, y que involucran, a su vez, el cuerpo y espíritu (llanto o la incomodidad).

En el rostro se organizan, incluso con visos de rigidez, las emociones y agencian acoplamientos entre los deseos del sujeto y su exterior, a tal punto que se produce un régimen de signos, que, tal y como sucede con el personaje de Catarino, iluminan una relación de poder, en donde la violencia, dominancia del cuerpo masculino y reafirmación de roles de género son palpables, y se superponen al rostro y la subsistencia misma. Esto incluso cuando, como lo plantea Kundera (2000), “todas las previsiones se equivocan, es una de las escasas certezas de que disponemos los humanos” (p. 19).

Esta es una razón para pensar en una relación menos objetiva, más funcional y diferenciadora con respecto a los usos del cuerpo, el papel del rostro y la visión en los procesos de interacción, y que pudiera producir devenires reales, a partir de la articulación de modos positivos y creativos de expresión y existencia al interior del mundo de la vida, tal y como como lo propusiera Deleuze. En otras palabras, al explorar nuevas líneas de fuga para afectar y ser afectados a fin de constituir un

nuevo orden del sentir y lo sensible. De acuerdo, con González Montero (2014) una línea de fuga es un modo de resistencia y pulsión ante lo inmediato y heterogéneo que es la propia vida y cuyo impulso yace en el caos o la alegría. La inhumanidad primitiva, la del prerostro, que se menciona en *Mil mesetas*, abre una opción de humanizar al individuo desde el rostro como un mundo posible; en él hay evidencia de cierta objetivación (rostridad), que es necesario intervenir con miras a fisurar ese rostro y generar nuevos eventos —rupturas y discontinuidades— para el sujeto:

El rostro pertenece más bien a una constelación compleja, donde el poder no se manifiesta ni relaciona tan solo según la administración en un aspecto macro, sino también y, ante todo, por la imposición de un modelado de actitudes, de gestos, de enunciaciones y de expresiones a través de una compleja articulación. (Castro y Fernández, 2017, p. 56)

Ante la organización objetiva y puntual del rostro que implica la rostridad, y que, a su vez, imposibilita la expresión de mundos posibles, resulte necesario no prefigurar líneas de organización del rostro, sino de expresión (mundos posibles), a fin de transformar las condiciones de posibilidad de líneas de fuga, ante la tensión constante entre lo social y lo político.

Desde un análisis sociocrítico, el personaje de Catarino visibiliza la proyección interiorizada, de las relaciones y vivencias de un sujeto en forma de prácticas de lenguaje, gestuales y, de manera más amplia, sociales, que lo conminan a inventar otros modos de ser para rechazar el tipo de subjetividad aportado por los conquistadores y ahora adoptado por los macondianos. Es decir, dislocando o desestabilizando el *ethos* culturalmente dominante, para así agenciar un modo de vida cuya génesis parte de una autorreferencia cargada de silencio y recelo a la hora de actuar.

En otras palabras, del sometimiento al cálculo de la mirada del otro como producto de la experiencia sintiente-pensante de un cuerpo, que, incrustado en un entramado de situaciones, hace que este se constituya a sí mismo en sujeto. Para Sartre (2005), ser observado significa ser parte del mundo. Y esta sentencia posibilita plantear que en los encuentros o interacciones cara a cara cualquier alteración implica un cambio en la totalidad del individuo. El rostro expresa no solo la personalidad del individuo, sino también su estado emocional particular. Sin embargo, además del rostro, el ojo también permite hacerse a una impresión global de lo observado, a tal punto que la mirada del otro puede transformarme. Es desde la hegemonía de la vista, como sentido de proximidad, que extraemos

nuestras referencias sociales y culturales para comprender nuestro entorno social y natural, pero también desde donde establecemos cierta distancia con el otro.

No hay quién se resista: *deseo, mercado y subjetividad*

No resulta extraño que la individualidad esbozada por Catarino al interior de *Cien años de soledad*, y en particular de Macondo, dé cuenta de cierto grado de autocontrol con respecto a la realización de su proyecto de vida y la configuración subjetiva que este mismo personaje agencia con el poder y otros elementos sociales, en pro de mantener a salvo su intimidad y proteger la iniciativa de capital que le da el sustento. La subjetividad de Catarino no es más que el producto de la identificación de los sujetos con un orden establecido, en el cual se:

les impone una ley de verdad que deben reconocer y que los otros deben reconocer en ellos. Es una forma de poder que transforma a los individuos en sujetos. Hay dos significados de la palabra sujeto: sometido a otro a través del control y la dependencia, y sujeto atado a su propia identidad por la conciencia o el conocimiento de sí mismo. Ambos significados sugieren una forma de poder que subyuga y somete. (Foucault, 1988, p. 7)

Por esta razón, para comprender la subjetividad de Catarino en el contexto macondiano, es necesario resaltar cómo “Catarino, que no creía en artificios de fuerza, apostó doce pesos a que no movía el mostrador. José Arcadio lo arrancó de su sitio, lo levantó en vilo sobre la cabeza y lo puso en la calle” (García Márquez, 2014, p. 114). Una escena que no solo confirma la descomunal fuerza de este miembro de la familia Buendía, sino también, de cómo la producción de subjetividad en Catarino se da por su relación trágica —mezcla de miedo y placer—, aunque no marginal con el mundo, situación que posibilita la emergencia de devenires en el sujeto. Es decir, cambios, que no pueden ser rotulados dada su singularidad.

Aunque los entramados sociales generados en Macondo delineaban para Catarino un silenciamiento a su voz, sumado a la fuerte limitación a vivir experiencias abiertas en el ámbito sexual como producto de la cultura machista, este supo gestionar, incluso dentro de un marco territorial de panóptico, una forma singular de existencia que coincidía con su particular modo de vivir, a tal punto de asegurarse más por táctica que por estrategia la consigna popular “de quien come callado, come dos o hasta tres veces”:

Francisco el Hombre, así llamado porque derrotó al diablo en un duelo de improvisación, de cantos, y cuyo verdadero nombre no conoció nadie, desapareció de Macondo durante la peste del insomnio y una noche reapareció sin ningún anuncio en la tienda de Catarino. Todo el pueblo fue a escucharlo para saber qué había pasado en el mundo. (García Márquez, 2014, p. 68)

Esta descripción, a su vez, hace visible cómo ciertas prácticas sociales y modos de dominación son también gestionados por el comercio en tanto manifestación del liberalismo económico; y que en *Cien años de soledad* revela cómo la información y las variedades se constituyen en mercancías, que igualmente enganchan la producción de subjetividad social y administración de los placeres dentro de un contexto de seducción y fuerte represión machista: “Aureliano fue esa noche a la tienda de Catarino, encontró a Francisco el Hombre, como un camaleón monolítico, sentado en medio de un círculo de curiosos” (García Márquez, 2014, p. 69).

Dentro de las dimensiones que adquiere el deseo y que el poder masculino pretende callar, para mantener lo que la sociedad prohíbe, se ubica aquella según la cual hay prácticas que la sociedad toleran mejor cuando se mantienen en el ámbito de lo privado. Esto incluso, cuando las visiones sobre el mundo ofrecidas por Francisco el Hombre en la tienda de Catarino no se hacían esperar y anunciaban cambios con respecto a lo cultural:

Esa tarde, mientras Úrsula trataba de rescatar a Rebeca del manglar del delirio, él [Aureliano] fue con el Magnífico Visbal y Gerineldo Márquez a la tienda de Catarino. El establecimiento había sido ensanchado con una galería de cuartos de madera donde vivían mujeres solas olorosas a flores muertas. (García Márquez, 2014, p. 86)

Este recordatorio da cuenta sobre cómo los individuos son producidos en masa y su subjetividad se haya anclada al registro social y los diversos procesos maquínicos que engloba la historia. Entendida esta última como una colección de eventos y acontecimientos que hacen del pueblo de Macondo una empresa cuya narrativa, aunque parte de lo común y cotidiano, logra enlazar con la idea de progreso y abrigo capitalista, pero sin afectar de forma medular la vida emocional de Catarino. La subjetividad está en el campo de juego de lo social y material que trae la existencia misma de vivir como individuo. Por ello y según lo plantean Rolnik y Guattari (2006):

Sería conveniente definir de otro modo la noción de subjetividad, renunciando totalmente a la idea de que la sociedad, los fenómenos de expresión social son la

resultante de un simple aglomerado, de una simple sumatoria de subjetividades individuales. Pienso, por el contrario, que es la subjetividad individual la que resulta de un entrecruzamiento de determinaciones colectivas de varias especies, no solo sociales, sino económicas, tecnológicas, de medios de comunicación de masas, entre otras. (p. 49)

Al sumar tales dimensiones, y atender a las correlacionales que estas generan con sistemas de modelación más amplios, se hace visible la afectación material y subjetiva sobre el sujeto, a tal punto, de sugerir para el caso de Catarino su invención como un hombre-máquina dentro de la producción capitalista. En este tipo de producción de subjetividad, según Rolnik y Guattari (2006):

Los individuos son reducidos a engranajes concentrados sobre el valor de sus actos, valor que responde al mercado capitalista y sus equivalentes generales. Son robots, solitarios y angustiados, absorbiendo cada vez más las drogas que el poder les proporciona, dejándose fascinar cada vez más por la publicidad. Y cada escalón de promoción les proporciona cierto tipo de morada, cierto tipo de relación social y de prestigio. (pp. 54-55)

Esta situación no solo incide en los esquemas de conducta, sentimientos y pensamiento personal, sino también en la disposición a desarrollar formas de interacción y percepción de la realidad. Dentro de la producción de subjetividad que se da en el orden capitalista, la singularidad es despojada de elementos como el silencio o la soledad, pero solo de manera ficcional; en estricto sentido, nadie está solo. Somos enjambres de individuos totalmente pasivos, trabajando por una misma consigna sobrevivir a las desventuras que impone el orden dominante y el ansia de una compañía ocasional.

La clandestinidad que ofrece la Tienda de Catarino, para otros y él mismo, da cuenta de la transformación del espacio, hacia una dimensión más íntima y favorable al devenir. Allí, las diferencias advierten y aportan a la configuración de la subjetividad, y las posibilidades mismas de llegar a existir (estar y ser). Por ello, desear contener esos mecanismos de interiorización de lo capitalista, que amenazan con modelar la subjetividad y asfixiar la vida hasta llevarla a un nivel residual, llevan a activar una revolución molecular que, en palabras de Rolnik y Guattari (2006), “consiste en producir las condiciones no solo de una vida colectiva, sino también de la encarnación de la vida para sí mismo, tanto en el campo material, como en el campo subjetivo” (p. 62).

La revolución molecular corresponde más con una actitud ético-política, que, a su vez, auspicia la singularización del deseo y hace de la autonomía, un nuevo

territorio, desde donde emplazar alternativas o líneas de fuga ante los regímenes dominantes que restringen la libertad y el deseo. Los cuerpos marginales no pueden ser desechados por los devenires del modelo económico... hay que resistir. “La cuestión micropolítica es la de cómo reproducimos (o no) los modos de subjetivación dominantes” (Rolnik y Guattari, 2006, p. 155). En otras palabras, cómo comprendemos la violencia y abyección, en tanto formas de poder que deben ser reconstruidas a fin de hacerlas inteligibles y operacionalizables.

La pulsión sexual que sucede en el cuerpo de Catarino no solo da cuenta de su alejamiento frente al equilibrio ficcional que se vive en Macondo, sino que, además, lo interroga en relación con el ejercicio de autonomía que aplica sobre su propio cuerpo y el despliegue de formas de interacción con otros. Situación, que lleva a recordar que “el mundo viviente es un *continuum* en todos sus aspectos. Por querer siempre discernir caemos en lo indiscernible” (Hocquenghem, 2009, p. 24).

La imposibilidad de dar cuenta de los grandes discursos instituidos, como de aquellas disposiciones singulares que articularían las formaciones de poder y que tienen al deseo como generador de las líneas de fuga y disociación de flujos, dentro de ese entramado biopolítico que es Macondo, está dada por la aplicación de medidas administrativas sobre el territorio y las resistencias que emplaza la población que intenta habitarlo.

“No mires, Catarino, que yo ya tengo mis problemas”. ***Vida y control social***

No cabe duda de que la presencia de Catarino al interior de CSA es más topológica que nominativa, ya que las referencias siempre son a la tienda que lleva su nombre y no al sujeto propietario de esta. Lo anterior, debido, en parte, a que en Macondo el proceso mismo de construcción como espacio social y urbano articuló desde sus orígenes el conjunto de relaciones sociales allí presentes, con vectores de género, poder y sexualidad, que han ido siendo apropiados y continuamente redefinidos por el contexto, y el correr del tiempo, a tal punto que modelan los trayectos biográficos de sus moradores:

Arcadio, que había heredado el entusiasmo didáctico del abuelo. Logró por medio de la persuasión que las casas fueran pintadas de azul para la fiesta de la independencia nacional. A instancias del padre Nicanor Reyna, dispuso el traslado de la tienda de Catarino a una calle apartada, y clausuró varios lugares

de escándalo que prosperaban en el centro de la población. (García Márquez, 2014, p. 111)

Esta situación deja ver cómo en el contexto macondiano la administración de la vida, como producto de la emergencia de un poder que gobierna a sus pobladores desde adentro, termina gestionando modos de vida generales que, a su vez, van fijando una identidad entre los pobladores; como producto de la inserción controlada de los cuerpos en la producción, y el acoplamiento de los fenómenos poblacionales a la economía global. Por este motivo, resulta válido observar cómo esa tensión constante entre la lógica administrativa y los diferentes flujos sociales que se viven en este poblado dan cuenta del ánimo de normalizar cada espacio que conforma el pueblo de Macondo:

Lo único que quedo de aquella desventurada iniciativa (José Arcadio Segundo) fue el soplo de renovación que llevaron las matronas de Francia, cuyas artes magníficas cambiaron los métodos, los métodos tradicionales del amor, y cuyo sentido de bienestar social arrasó con la anticuada tienda de Catarino y transformó la calle en un bazar de farolitos japoneses y organillos nostálgicos. (García Márquez, 2014, p. 237)

Aunque en Macondo parece existir cierta tolerancia, hacia determinadas formas de vida y sujetos cuyos cuerpos y prácticas sociales resultan a los ojos de muchos reprobables, sí se hace necesario preguntar por las oportunidades que tiene la diferencia como devenir. La diferencia y en ella la cultural, sexual, de género y clase, hoy se constituye en una categoría positiva cuyo vértice amarra elementos políticos y sociales, que, sin duda, aportan al proceso de configuración subjetiva del sujeto, incluso desde elementos tales como la resistencia, el afecto y la precariedad.

Dentro de un contexto, en donde la pobreza, estereotipos de género y fortalecimiento al comercio vía gubernativa hace de la Tienda de Catarino un lugar para visibilizar la marginalidad, y reconocer la presencia de cierto grado de tolerancia. Resulta sano mencionar que el interés de Catarino se orienta a olvidar su vida anterior, a dejar que el implacable paso del tiempo y la distancia borren sus recuerdos más dolorosos. Una tarea imposible de realizar, dado que en cada mirada se dice todo y refleja lo acontecimiento de nuestras propias vivencias.

El acto de mirar visibiliza a los sujetos y sus experiencias, dando testimonio de una presunta autenticidad, que se erige como lugar de enunciación más allá de la clandestinidad u ocultamiento de sus deseos, para ahora revelar una nueva cartografía comercial que empieza a gestarse en Macondo y que, para algunos,

parece oponerse a lo políticamente correcto. Con el progreso, no solo se ofrece una nueva estética de los espacios, desde donde se producen modulaciones, sino que, a su turno, da cuenta efectiva de la emergencia de un poder productivo que genera saberes, prácticas, placeres, subjetividades sujetadas, como producto de un gobierno que direcciona desde adentro los procesos vitales, incluidos aquellos que se ubican en la interseccionalidad género, sexualidad y raza, y que podrían ser considerados como turbaciones del orden impuesto.

La presencia productiva y creadora que tiene el deseo sobre el individuo y su realidad no solo visibilizan cómo la optimización corporal autogestionada provoca agenciamientos sobre el sujeto, sino que, además, lo lleva a surfear al interior de un binarismo que crea y destruye vidas, pero sobre todo somete cuerpos a la lógica del éxito personal, la competencia y el consumo dentro del tejido social y urbano. No hay cuerpos sin una imagen que valorar.

Por ello, referir a la vida y el control social en este apartado, no solo de cuenta de la forma en que la mercantilización reclama al individuo para sí, sino también de cómo la comunidad le exige vincularse a ciertas prácticas ya adoptadas, desconociendo ciertas diferencias en los sujetos para hacer conexión social en la cotidianidad. Esto, toda vez que el espacio en tanto contenedor y gestor de subjetividades puede limitar o posibilitar la realización de proyectos de vida, y práctica de la libertad.

En ese sentido, advertir cómo la figura de Catarino se define a través de un sujeto que no se normaliza ni se resiste a las formas de gobierno, sino que justamente se inscribe en ellas, dé cuenta de los diversos modos en que este personaje de *Cien años de soledad* logra autoconstituir su subjetividad dentro de un contexto, que, si bien ha generado ciertas prácticas de poder sobre el cuerpo, no ha logrado sujetarlo; el deseo de su cuerpo no solo sirve a los intereses del poblado, sino que a su vez lo hace conocedor de su propia potencialidad para vivir por fuera de los marcos preestablecidos por la sociedad mayoritaria. Aquí el silencio actúa como una conversación consigo mismo, mientras la soledad puede ser comprendida como aquel lugar distante al que se acude para ver las cosas en perspectiva.

Referencias

- Castro-Serrano, B. y Fernández-Ramírez, C. (2017). Deleuze y la política del rostro (rostridad): Alcances sobre el Estado. *Revista de Humanidades*, (36), 41-68.
<https://www.redalyc.org/journal/3212/321252009002/html/>
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2008). *Mil mesetas*. Trad. José Vázquez Pérez con la colaboración de Umbelina Larraceleta. Pre-Textos.

- Foucault, M. (1988). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología*, 50(3), 3-20.
<https://www.jstor.org/stable/3540551>
- García Márquez, G. (2014). *Cien Años de Soledad*. Pequin Random House Grupo Editorial.
- González Montero, S. A. (2014). Líneas de fuga: transformación y cambio social. *Revista Estudios Políticos*, (45), 115-133.
<https://revistas.udea.edu.co/index.php/estudiospoliticos/article/view/20199>
- Hocquenghem, G. (2009). *El deseo homosexual*. Melusina.
- Kundera, M. (2000). *La ignorancia*. Tusquets Editores.
- Le Breton, D. (2010). *Rostros. Ensayo de antropología*. Letra Viva.
- Martuccelli, D. (2007). *Cambio de rumbo. La sociedad a escala del individuo*. Santiago de Chile: LOM.
- Medina Pérez, G. (2018). La censura en Calabar: el elogio de la traición de Chico Buarque y Ruy Guerra. Cuando el pasado cobra vida para confrontar el presente y sus protagonistas. En S. Pérez-Álvarez (Coord.), *Escribir en el agua. Textos sobre literatura colombiana y latinoamericana* (pp. 85-103). Sílabas Editores, Universidad de Antioquia.
- Rolnik, S. y Guattari, F. (2006). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Editorial Traficantes de Sueños.
- Sartre, J.-P. (2005). *El ser y la nada*. Losada.